

LUISA REVUELTA Y REVUELTA

LUISA REVUELTA Y REVUELTA

El dolor y la fortaleza en Juan de Mena



LIBRA REVUETA Y REVUETA

El dolor y la fortaleza
en Juan de Mena



LUISA REVUELTA Y REVUELTA

El dolor y la fortaleza en Juan de Mena

DOS PERSPECTIVAS

De Mena al siglo XX y desde el siglo XX, hacia Mena

No pudo Juan de Mena —poeta del siglo XV— en aquellos difíciles albores de recuperación de la unidad nacional por él vividos que, al cabo de quinientos años, su noble vocación poética, estimulada por el duro esfuerzo de lograr una lengua digna de tan alto empeño, obtuviera acogida tan comprensiva como la otorgada por la crítica actual.

Esta crítica ha penetrado definitivamente en su obra, valorándola con precisión dentro de su momento histórico y en función de sus influencias en épocas más modernas, a veces de tono callado, pero fecunda y decisiva en el máximo momento de enriquecimiento y ornato del idioma: en el período barroco.

Juan de Mena, además de hacer posible y preparar el camino de la mayoría de edad de la lengua, mereció ser eficacísimo estimulante para alumbrar el período esplendoroso del barroco en su faceta culterana a través de su genial creador Góngora.

Es Mena el precursor que se asigna, con extraordinario esfuerzo, la difícilísima tarea de hacer competir a la lengua española en belleza y maestría con la griega y latina, clarividente de la trascendencia de su misión.

Esta empresa se halla sólo destinada a realizarse por escritores en los que concurren especiales dotes: sentido constructivo, equilibrio, audacia generosa, plenitud cultural y concentración de las esencias vitales de su época, como concurren en Mena y hallarse capacitado para conformar un ideal decisivo, al que se vislumbra como asequible meta y se ama con apasionamiento intelectual.

Resulta grato comprobar en rápida ojeada, que los más extensos comentadores de Juan de Mena han sido los más acertados, y a la vez, los críticos más valiosos y representativos de cada época.

Tuvo suerte nuestro poeta: desde su próximo comentador Hernán Núñez —el Comendador griego— y el vidente Nebrija, identificado con Mena en esta empresa nacional, sentida como un cotidiano quehacer, pasando por Sánchez de las Brozas un siglo después, hasta la definitiva rehabilitación intensificada en el transcurso del siglo XIX al XX, tras un período de atenuado olvido.

Hacia nuestra época, su conocimiento apasiona a la crítica extranjera, como ya había sucedido en Italia, en años cercanos al poeta. Foulché-Delbosc y Menéndez y Pelayo escriben páginas definitivas, pero lo más confortador y lo más interesante sucede en los últimos años, cuando se inician los magistrales estudios comparativos de Dámaso Alonso sobre las relaciones de los dos poetas cordobeses Mena y Góngora; estos modernos estudios críticos revelan la difusión en España de unos métodos científicos de investigación que habían sido renovados por mano del gran patriarca de la Filología, —Menéndez Pidal— y desarrollados con novedad y maestría por sus dos discípulos, los dos Alonsos españoles: el uno Dámaso Alonso ya citado, el otro, Amado Alonso, prematuramente fallecido, que lleva desde España a tierras americanas, especialmente argentinas la nueva modalidad filológica para acercarse a nuestros tesoros literarios con precisión científica.

Así, tras los estudios del español Blecna aparece en 1952 el magnífico estudio definitivo de la obra completa de Juan de Mena realizado por la discípula predilecta y extraordinaria del malogrado Amado Alonso; me refiero a la dama americana María Rosa Lida con su obra titulada: «Juan de Mena, poeta del Prerrenacimiento».

¡Cuánta satisfacción no recibiría Juan de Mena si le fuera dado conocer en su época, que la lengua por él trabajada con tanto ahínco en un espléndido anhelo de empresa nacional habría de rebasar la frontera torva, que la ineptitud de un monarca —Juan II— mantenía —construyendo la vitalidad hispánica— en límites aún más estrechos que el área peninsular.

Esto, lo pudo presentir Nebrija, el autor de la primera gramática castellana, 50 años después, cuando se estaba alumbrando un imperio; Juan de Mena lo anhelaría porque su cultura le proporcionaba una visión, de cierta universalidad dentro de las tierras conocidas entonces, que le permitían considerar a España como una porción mínima del mundo en relación con el antiguo Imperio romano, entonces ya arquetipo, y con los reinos contemporáneos. Basta recordar aquella visión panorámica de

«Las Trescientas» en que nos da la síntesis de los reinos contemporáneos acompañado de la Providencia.

Juan de Mena pudo presentir esa expansión del idioma, como una lejana quimera, sin saber que transcurridos quinientos años el idioma español con una literatura tan rica como las clásicas se multiplicaría en infinitos matices a través de un inmenso continente en el que la mente lúcida y ágilmente razonadora de María Rosa Lida encarnaría, un nuevo tipo de mujer, conformado por la vigorosa influencia de varones hispánicos tan doctos como él, que lanzarían allí para que fructificase con creces sus fecundas iniciativas.

No causaría demasiado asombro en Juan de Mena si le hubiera sido posible conocer a esta docta mujer actual, dotada de tan ágil intelecto.

Porque nuestro poeta, nacido en época que tenía como ideal femenino, una suma de perfecciones que conducen a loar a Dios, acogería con una canción de alabanzas exquisitamente cortesananas y laudatorias el encuentro con esta mente femenina.

Es cierto que la mujer contemporánea de Mena no poseería tal maestría intelectual como María Rosa Lida, —la actual crítica de Mena—, pero también es cierto que nuestro poeta disfrutaba, con dotar a sus temas poéticos amorosos, especialmente loa lamentos de amor con los más conceptistas razonamientos, y en sus fervorosos soliloquios poéticos, —como ha observado María Rosa Lida— alternando con su característico razonar, presupone, para rechazarlos, agudos e intrincados razonamientos de la dama, dotándola así idealmente de un activísimo intelecto causa de supremo placer al intelectual apasionado que fué Mena, pese a estar bien inmerso en la vida de su época.

Y, he aquí cómo un ideal presentido y realizado poéticamente; —el de la consecución de un idioma excelso para su patria— y otro ideal vivido poéticamente: —la intelectualidad razonadora de la dama—, consiguen vigencia al cabo de quinientos años, tras un período evolutivo que la historia exige para su desarrollo.

Estas perspectivas históricas que nos dedicamos a observar en momento de revisión de valores humanos, por diferentes motivos —en este caso el 5.º centenario de la muerte de Mena— son siempre aleccionadores porque sirven para prevenir posibles errores.

Varios son los estímulos con que Mena espolea a los contemporáneos para que tiendan a la perfección humana; el más brillante y ameno lo constituyen aquellas páginas de exaltación heroica para que finalice la reconquista, que tarda —con el consiguiente dolor del poeta— en ejecutarse.

Indudablemente es interesante reflexionar ante la obra de un pensador moralista, medir el tiempo transcurrido y obser-

var qué males se han superado y si algunos de ellos por nuestra desidia no se han resuelto con la rapidez y alcance apetecido. Actúa esta perspectiva histórica como acicate que aviva nuestro ánimo al descubrir, cómo el hombre, la sociedad, puede alcanzar metas que se haya propuesto si hay un enlace en las generaciones y la desorganización interna no malogra la continuidad de los objetivos.

Sirva de comprobación a ello el extraordinario avance cultural ocurrido en la España de Alfonso X el Sabio en el siglo XIII, y el ritmo lento con que, en el siglo XIV se continúa: hecho que malogra la producción de una literatura que hubiera sido gemela en perfección al primer siglo áureo de la Literatura italiana, constituido por el triángulo Dante, Petrarca y Boccaccio. Esto hubiera servido a Mena para encontrar el idioma más preparado, para lo que fué prematura empresa en su mano.

No deja de resultar optimista, observando a Mena, esta mirada retrospectiva y ante su ambiciosa y equilibrada personalidad es alentador considerar que el lema «soñemos alma y perseveremos» ofrece la seguridad de grandes éxitos, cuando este idealismo va unido al superior y constante esfuerzo de nuestro quehacer diario.

Ya lo sabía el marqués de Santillana cuando contestaba a Mena a una pregunta poética con estas palabras:

«Mando soberano, me hace atrever —a vos responder;— ¡quiera Dios que acierte!— que viril esfuerzo, vence mala suerte— y ánimo flaco, abaxa el poder».

Y Mena lo corrobora como una de las grandes virtudes de su gran amigo, con el que se identifica en las empresas culturales; por lo que coincide con el marqués en, ser **«Varón, en el tiempo del gran menester».**

¿Quién puede dudar del noble y varonil esfuerzo de Mena sostenido a través de su corta vida —45 años—, que le caracteriza como un decidido intelectual, que subordina cuanto sea opuesto a su trazada trayectoria ideal; rector de sí mismo y estimulante de la minoría selecta, que le sigue en su pensamiento y le comprende, en el sentido poético, moral, político e intelectual?

El valor de Mena se apoya en la firmeza de sus ideas, lanzadas como armas combativas, más fuertes que las armas de los nobles guerreros contemporáneos, porque éstos, muy esforzados en la lucha, consiguen a veces débiles resultados por la voluble orientación de sus valientes ataques regidos muchas veces por lo que en Mena se halla precisamente subordinado, —las pasiones personalísimas de ambición o envidia— que ofuscan y hacen subvertir los valores; y las armas del poeta **clásico** que es Mena, —en el más amplio sentido de organización ar-

mónica de un todo— van dirigidas siempre al mismo objetivo y por ello realizan fecunda y múltiple labor de magnífica cohesión social.

Porque en época de tan profundas diferencias sociales acusadas intensamente se esfuerza en atenuarlas con el libre y certero juicio que sobre ellas lanza.

Fortalecidos con razonamientos apoyados en un depurado cristianismo perfectivo, que trata de rebajar barreras erigidas por las pasiones desatadas de la soberbia, la avaricia, la envidia y la ambición; arraigadas, unas en los altos, otras en los modestos.

A todos señala Mena con serena energía que le constituye en auténtico moralista, superando preferencias propias de su categoría social o de linaje.

Otras, se lanza en defensa de los modestos por impulso de su propio corazón, tan generosamente humano pese a su intelectualismo, porque conoce a este sector tan bien como al sector cortesano.

El muchacho de la Córdoba del siglo XV, educado en vida tan familiar y trabada con sus vecinos, favorece esta comprensión, que es lección vivida y recordada de sus años mozos, en ambientes familiares y abiertos, ya en Andalucía, ya en Salamanca o en el entrañable compañerismo que aprendiera en Italia, refuerzan anhelos de rehabilitación humana.

Diversas batallas al servicio de una guerra

Y como resultado de esta aspiración de cohesión social sirve a los altos ideales de perfección humana **individual** y señala pasos decisivos para forjar la **unidad nacional**; estimula a todos para que practiquen **una sola guerra para ambos servicios**, el individual y el nacional.

¿Qué guerra es esta que sirve para la perfección individual a la vez que ayuda a vigorizar la nación con un guerrero empuje de fronteras?

Es la guerra fomentada por Mena en todas sus obras; desde sus canciones amorosas de exaltación más o menos sincera, a las coplas ascético-morales del «Diálogo de la razón contra la voluntad» y la misma que propone a Juan II como **estímulo** en aquellos pasajes de «Las Trescientas» de tono heroico, para que se mantenga, hasta hacerla desaparecer, la frontera con los musulmanes.

Este estímulo heroico, que acusa de manera especial en «Las Trescientas», arranca un comentario afectuoso a la vez que irónico a Juan de Lucena, al decir «De gran ánimo te mues-

tras, mi Juan de Mena, que las armas tanto exaltas. Traes magrecidas las carnes por las grandes vigiliass tras el libro, mas no endurecidas ni callosas de dormir en el campo: el vulto pálido gastado del estudio, más no roto ni descosido por encuentro de lanza». Dice así Juan de Lucena como si quisiera resaltar la comprensible paradoja que provoca la unión de dos aparentes temas antitéticos, guerra y estudio. Es cierto que el poeta en su poema no retrocede ni vela la crudeza de la lucha en el campo de batalla; describe collados, montes de cuerpos formados tan grandes que sobra razón su manera y recuerdan los montes de arena que suelen levantarse en Africa.

Mas todo ello lo supedita —como intelectual— a una idea superior, no dejando reblandecerse su sensibilidad y emoción por un hecho, sin dotarlo de contenido ideológico situándolo en la escala que el ánimo sereno sabe crear para evitar la subversión de conceptos.

Esta guerra, descrita en los pasajes guerreros y heróicos, es la misma que ofrece en los «Debates de la razón y la voluntad» y la señala Mena como **la salvadora**. Puede ofuscar el que tome esta guerra varios aspectos, moral o nacional, pero es una misma, en sus varias representaciones: **sin haber primero vencido nuestras apetencias voluntariosas, ni vencemos la batalla de nuestra auténtica misión:** —la de adueñarse de una plenitud de vida que está en nuestras manos poseerla—, **ni vencemos en las batallas de guerras externas legítimas**, aunque no tan externas como a primera vista parece, porque el poeta señala únicamente las guerras que están al servicio de justos ideales y no las otras que son aquéllas que impiden el logro de nuestra legítima perfección individual. Las únicas guerras exaltadas por el gran poeta, el gran jurista, el gran moralista, que es **Juan de Mena**.

Todas se reducen a una, aunque la denominación sea varia: La lucha o el debate entre la razón y la voluntad, entre lo legítimo y lo voluntarioso; que tira sin medida cuando el freno no la rige, bien sea en nosotros mismos, bien en función de una sociedad con otra.

Por eso, nuestro poeta Juan de Mena se adelanta a una posible sospecha —a propósito de la guerra que exalta—, con una ingenua aclaración dirigida a ciertos lectores ingenuos que pudieran desorientarse al ver exaltar al hombre de estudio este tema laudatorio a la guerra y sus bienes en el círculo de Marte.

«Veyendo yo gentes allí tan apuestas —dixe: «Entre tanto valiente varón— ¿cómo no vem'os al fuerte Milón— que al templo levava un grand toro a cuestas?» —La mi guiadora con dulces respuestas repuso: «La rueda de Mares presenta —los que por **fuertes virtud** representa; —de **fuerza desnuda** non face ella fiestas». —«**Fuerza** se llama, **mas non fortaleza**— la de los miem-

bros o **grand valentía**; —la **grand fortaleza en el alma se cría**;— que viste los cuerpos de rica nobleza, —de cuerda osadía, de grand gentileza— de mucha constancia, de fe e lealtad: —a tales esfuerza su autoridad, —que débiles fizo la naturaleza».

Se señala en el «Laberinto» de Mena un pasaje en el que acoge una creencia tradicionalmente arraigada, según sus comentaristas: es la creencia que supone a los invidentes con facultades especiales para la vida contemplativa.

Usa este dato de la vulgar sabiduría, como símil, lo que no impide descubrir la experiencia ascética de Mena bajo el símbolo de sus ojos deslumbrados primero, que recobran la vista con la presencia de la Providencia, es decir los sentidos producen una distracción transitoria que desvían al alma de otra superior visión del mundo, solamente recobrado cuando el sentido va guiado por un guía interior; esto ya es alta ascética; aspecto a que tiende su obra aunque se halla ofuscada esta directriz bajo el lujo o frivolidad del ornato literario, como conviene al buen cortesano.

Es el siglo XV un momento de activa tendencia ascética, se tiene clara conciencia de ella aunque no se viva y por ello Mena recibe los «claros claros» para penetrar con su escudriñadora mirada en los semejantes y tratar de conocer en cuanto ve hasta su último extremo.

Presenta el «Laberinto» una copla altamente significativa; es una descripción guerrera en pleno campo de batalla; el hecho de armas ocurrido en el año 1430 entre las fuerzas cristianas de Juan II y los musulmanes granadinos en la que estos recibieron fuerte castigo; habla de la batalla de la Higuera.

A la morisma la observa Mena con mirada plenamente intelectual y moral, mas no colorista, y distingue en ella tres modos de actuar que se erigen como símbolos humanos, propio para ilustrar una lección ascética —transformado este pasaje en símil guerrero aclaratorio.

No es un enemigo que se describe en una visión de unidad; el enemigo musulmán descrito por el poeta cordobés es un enemigo al que se mira con vista que ha recibido el «claror de la providencia», es decir, es visión intelectual y moral.

Un sector de la morisma la observa Mena recluida tras el muro, la muralla; por tanto, dentro de la ciudad. El segundo sector de la morisma, más abundante que el anterior aparece, tras la batalla, descabezado en el campo; porque «aunque gozaba de tiempo seguro —dice Mena— quiso la muerte por saña de espada», y el tercer sector de la morisma mucho más numeroso que el anterior «se los ve tajados en piezas» con muerte más tardía y atroz que los segundos, estos que quisieron retrasar su muerte por cobardes la tuvieron tardía y terrible.

Dice así el poeta: «Mucha morisma vi descabezada, —más

que reclusa detrás de su muro, —y aunque gozaba de tiempo seguro, —quiso la muerte **por saña de espada**; —y mucha otra más por piezas tajada, —que quiere la muerte tomarla más tarde, —fuyendo, non fuye la muerte el cobarde —que más a los viles es siempre llegada».

El Mena de sentido ascético, el Mena moralista desentraña estas tres fases de su descripción heroica, como tres símbolos o modos de actuar del propio individuo, como tres ejemplos que son dominio o fallo entre razón y voluntad, es decir de equilibrio moral o desequilibrio o error, y el error considerado bien bajo el signo impulsivo, «**Saña**»; bien bajo el signo depresivo, «**Cobardía**».

Regidos por la razón, en su ámbito normal los hombres se mantienen en su ciudad; tras el muro que es su fortaleza anímica, por ello es más escaso el número de elegidos. El segundo grupo, más numeroso que el anterior, termina con una muerte prematura que él mismo sale a buscar (signo de la guerra injusta considerado en proyección o sentido externo; signo de pasión desencadenada en proyección o sentido íntimo). Se ha salido este segundo sector del orden o armonía establecida; la razón ya no ha sido rectora sino regida por la apetencia desembocada de la «**sañosa ira**». Observaremos que Mena con claridad de jurista juzga la guerra de la morisma en el área peninsular como ilegítima «y aunque gozaba de tiempo seguro quiso la muerte por saña de espada»; y a la vez que es símbolo del vencimiento individual de la razón por la pasión. El tercer grupo de morisma es símbolo de los que inhibidos de sus deberes, quieren alargar la vida y aunque lo consiguen la muerte es más cruel y no la excusa. Para este sector de la cobardía o inhibición la palabra de Mena siempre fué dura. Impresionante es otro pasaje de «Las Trescientas» en que se expresa inexorablemente contra los que dejan sin reprimir los desórdenes que les es dado corregir.

El plano guerrero en Mena, el plano heróico, no es más que una exteriorización de la milicia ascética. Este es Mena, en el decir, en el pensar y en su actuar; por esto el comentario irónico de Lucena antes aludido «De gran ánimo te muestras mi Juan de Mena, que las armas tanto exaltas» es acaso una íntima comprensión de lo que parece más discorde en Mena, ágilmente interpretado por Lucena.

Ya en la copla 27 del Laberinto de Fortuna contempla el poeta la **gran casa del mundo**, acompañado de la Providencia; abierta de par en par su gran puerta que le sirve de entrada, «mas una cautela yace encubierta», que todos «dos que entran en esta gran casa —han la salida dubdosa, non cierta» y no existe más secreto según nos explica el poeta que el ser cons-

tante en el tiempo adversario y no buscar más de lo necesario, más de lo legítimo.

Es el mismo concepto que repite en la copla aludida en la visión descriptiva de la morisma guerrera con las salidas de la muralla; —«la gran casa, de salida dubdosa e incierta».

Así como la guerra justa —en este caso la reconquista española —**asume la misión de ser domadora por la espada de las iras del enemigo invasor**, así la guerra del invasor musulmán recibe la denominación de **maldita** y **sañosa** por ser regida por la ira (copla 178).

Así se expresa en la copla 146: «con la morisma que de Africa vino —«pidiendo por armas la muerte sañosa» y «están por espadas domadas las iras —de Almofacen que no fué menor cosa».

Las canciones amorosas y los conceptos del amor expuestos en «El Laberinto»

Difícil es penetrar en el relato de otras lides del poeta: nombro la canción de amor de la corte de Juan II, refinada y galante las más de las veces, a cuyo ambiente pertenecen sus canciones. La casuística y técnica son muy conocidas y el matiz más intenso de intelectualismo que presenta la poesía de nuestro autor sobre la de sus contemporáneos, se ha revelado en acertados estudios.

También ha subsistido la duda en algunos críticos en relación con la sinceridad de sus versos.

De las teorías sobre el amor recibe conocidas influencias. Lo que me interesa ahora, es señalar preferencias y actitudes.

Para ello, requerimos algunas ideas formuladas en época de relativa madurez del poeta, a los 33 años, en los solemnes versos del «Laberinto», doce años antes de su muerte

Lo que hace suponer que la principal producción de este género estuviera ya realizada. En ellos reduce a siete las causas del amor. La primer causa anunciada viene a ser la clave en la que se centra el más legítimo amor, iniciado, p'or la mutua correspondencia; lo basa «en la conformidad de virtud y vida, concepto muy cercano al amor que más adelante propone como ejemplo para imitar y acatar; «el limpio católico amor virtuoso»: «el cual es tal medio de dos corazones —que la voluntad que estava non junta —la su dulcedumbre concorda e ayunta —faciéndolas una sus dos opiniones».

Como la segunda causa del amor (segunda no en categoría o importancia sino en orden de cita) considera la belleza, otra

la delectación; la originan a veces dones recibidos, nace también de escogido linaje, o bien lo provocan «palabras dulces —«allí donde tocan»— dice reflexivamente Mena; o puede ser causado por anticiparse en el amor primero, para ser amado.

Mas en conjunto el cancionero amoroso es una lid de doble afán, en las canciones seguramente de mayor juventud la estrategia amoroso-poética consiste en adoptar actitudes más o menos extremas, antitéticas o intermedias; de exaltación, humildad, rendimiento, imprecación. En las producidas en época más tardía, parece predominar un reflejo de la lucha dentro del espíritu de Mena por las llamadas del amor porque su vida intelectual se impone y lo considera un vencimiento, por su rebelde independencia interior.

Veamos una de las canciones más sinceras: la 17, «Ay amor del dolorido». Parece intensamente vivida porque concentra en ella tres aspectos plenamente personales; el dolerse de que está, por amor, contra toda razón; sin embargo el poeta se halla tan prendido en su cerco que reconoce lo que es raro reconozca Mena; que cuantas veces considera su dolor sin esperanza, comprueba que es mayor gloria que su vida sin amor; y un tercer aspecto el considerarse indigno, el de despreciarse a sí mismo pues no consigue ser amado. Es una consideración de sincera expresión muy sobriamente concentrado en la canción y muy dramático, ya que Mena consideraba como posible causa del amor la de anticiparse el primero para ser amado, parece como un doloroso fallo de su teorizar.

En la canción 18 estamos al parecer dentro del amor causado por la belleza o el nacer de escogido linaje; así parece deducirse de la fina canción que comienza «Presumís de vos loar». Si bien el describir la belleza de la amada por los efectos que causa, se ha señalado como reflejo de modelos italianos —concebida esta belleza como la suma de perfecciones— puede ser una canción en la que logra un alarde de interpretación de un tema a la moda poética; mas hay tal respeto hacia la dama para lo audaz que suele presentarse Mena y tales alardes de perfección idealizada en ella, que se intuye la actitud amorosa del poeta como una quimera de veneración amorosa que lo mantiene sin arranques de desesperación como si la distancia entre amante y amada fueran insuperables en cuanto a una belleza más espiritual que ninguna y una lejanía inasequible por su alto linaje, que le mantiene en respetuoso tono de admiración sin una súplica; subrayado por los últimos versos muy significativos, si hemos de considerar a Mena como intelectual o «sabidor» consciente de su valía, pues en ellos se disculpa de su falta de destreza para poder alabarla. «Dios no quiere que presuma —que puede ser acabado— quanto más quien poco sabe —su gran culpa lo disculpa—, con el saber que me cabe —con-

sentid que vos alabe—, no cargándome de culpa»... y más adelante añade... «Este proceso que sigo— vuestro, quiero que mireys—, que si meresco castigo— por lo que dije y no digo—, conviene que perdonéis;— pues que no puede bastar de **sabido**, mi saber— a poder bien publicar— lo que en vos puede mirar—, quien ha dicho de vos ver».

No aparece siempre la dama en esa idealizada y perfecta lejanía; a veces la deja traslucir con caracteres muy humanos graciosamente esquematizados en un estribillo de elocuente expresión, burlona y amorosa entre protestas de amor, en la canción 39 «Oh quien visto nos oviesse».

Es un traerle a mal traer y vislumbramos el carácter desdenoso y descontentadizo de la dama.

Oh quien visto nos oviesse,
 pues que vos por quien muriesse
 soys aquella
 que por triste que me viesse
 no siente quando vos diesse
 una querella
 que con muchas no volviesse.

No siento quien no se fine
 viendo vuestra poca fe,
 que si con quexa vos vine
 con mayor quexa me fué.
 Si crueldad se perdiesse
 sola vos por quien muriesse
 soys aquella
 donde hallar se pudiesse
 porque yo nunca vos diesse
 una querella
 que con muchas no viniessse.

Aunque seguimos observando el plano artístico del autor no le dejamos de considerar en su propia intimidad.

«Las palabras dulces allí donde tocan» son enunciadas por Mena como causa del amor en el pasaje arriba aludido de «Las Trescientas», pero aparte de considerar el poeta que puede resultar bellamente expresivo un tema en oposición a la dulzura, según la psicología de la dama puede también estar dictado por la experiencia y surgen varias canciones con imprecaciones más o menos duras deseando a la dama cuantos males él nosee pues ella es la invención o causa de todos ellos: turbación, cuitas, dolor, deseo, tormento, pena inmortal, pues está preso de deseos y pesar, «que al querer del pobre seso —cuidados no dan lugar» y sabe que ella estará alegre de las penas del amante y disfruta

en verlo desfavorecido y cuando quiera recordar —dice— la dama «de verá más que ganado para ella perdido». (Canción 24).

Otra manifestación o teoría sobre el amor expone en un nuevo pasaje de «Las Trescientas» que tiene cierta relación con una canción amorosa. Se trata de que el poder afirma que debe ser culpado aquel corazón que si no quiere querer no quiere ser querido «o vive despegado por ser querido».

Es la bella canción que comienza: «¡Guay de aquel hombre que mira— vuestro gesto triste o ledó!—. Si delante no se tira en él pone vuestra ira —no menos amor que miedo—. La ira no conveniente —de hermosa face fea— mas vuestro gesto placiente— bien mirado por la gente— más con saña vos arrea!»

Se desarrolla una elegante y graciosa exposición de alabanzas y protestas de amor y entrecrúzase con ella el tema citado: **el no querer ser querida**. «Yo vos he visto sañosa —yo vos he visto pagada; —mas jamás fallé tal cosa: —por do menos que hermosa —vos haga ser alterada». Indignado por ello el amante la increpa para hacerla saber que ya que así se muestra siempre «aunque no querais— fuerza es que padezcays— desamando, ser amada» y añade que uno de los errores de ella es éste, pues si es deleite el **desear**, cuánto más es **ser deseado**.

Fisonomía, maneras y espíritu del Poeta

Todo lo anterior trata de acercarnos al alma del poeta y hasta de reconstituir si nos hubiera sido posible su fisonomía completa; para ello nos han bastado las palabras del escritor Juan de Mena que alude a sus carnes magrecidas por las vigili-
as reiteradas y su rostro pálido para imaginarnos al gran cordobés absorbido por el estudio, mas también interesa su gesto y sus maneras moldeadas en ambientes llenos de interés.

En cuanto a lo primero, —su fisonomía—, no sería aventurado suponer que del último año de su corta vida ha dejado consciente o inconscientemente algún indicio fisonómico en la última obra poética de este autor, el «Debate de la razón contra la voluntad», escrita cuando el poeta llegaba a los 45 años; preocupado entonces sobre la eficacia de su labor e intensificando un ascetismo que había latido en lo más profundo de su vida y que se hallaba presente en alguna minoría de la corte-
sanía contemporánea.

Las coplas 3.^a y 5.^a de dicha obra leídas detenidamente dan a entender una alusión personal, más que expresión generalizadora, dedicada a su propio aspecto o fisonomía.

En ella asistimos a la decidida intención del poeta de des-

pojarse de todo vano ornato literario y humano e invocar una actuación llena de cordura. Simbólicamente el poeta reclama la presencia de canas en su cabello y reflexiona, que, ya tardan demasiado en llegar: «**canas lisonjeras**» —las denomina—, porque halagan al hombre docto, como signo de experiencia, de ciencia acumulada, y por tanto de respeto propio de la ancianidad, cuando ya las pasiones deponen sus armas. Y las invoca por que se lleven presunciones vanas de su ánimo, a la vez que se desvanezca un tiempo que le parece lo ha malgastado.

Pues bien, por este clamor por ellas, afirmando que se le tardan demasiado en llegar, sabemos que su aspecto en este sentido era joven unos meses antes de su muerte, pero no gozaba de la ausencia de arrugas en el rostro pues con modesta apreciación estima que las suyas están presentes pero sin virtud, es decir están carentes de eficacia como si no fueran mensaje de difícil perfección espiritual, perfección que los años no consiguieron —dice— dejarle unida a la huella de sus pisadas.

Únicamente, —dice manteniendo la modestia iniciada— es un mal el de las arrugas que combate con la salud. Todo ello hace suponer que no sería ésta muy lisonjera así como la vista ya debilitada y sus encías también descarnadas, presentes de la muerte que para él iba a ser inminente a pesar de su madurez.

Dicen así estas coplas: «Venid lisonjeras canas— que tardáis demasiado— tirad presunciones vanas— al tiempo tan mal gastado; —faga mi nuevo cuidado— a mi vivo entender— incierto del bien hacer— y del mal certificado». «**Estas canas que me niegas; —estas rugas sin virtud es mal que con la salud— a menudo ha grandes bregas,— las vistas, turbias y ciegas —descarnadas las encías —joyas son que nos imbias— tú, muerte cuando te llegas**».

Quiero destacar un rasgo más, este relativo a su manera peculiar de criterio, a su modo de enjuiciar lo humano, a la posesión de un claro discernimiento para penetrar en ello. Parece dotado de la equidad propia del sabio pero también es verdad que esta cualidad se encuentra incorporada al modo de ser cordobés, es también el no maravillarse ante lo que la vida pueda ofrecernos, y es una manifestación de estoicismo.

Así en el «Laberinto» nos comunica cómo la Providencia le proporciona el descubrir el afecto, el vicio y estado de cualquier persona; y esto es en realidad asequible a los hombres, más ha de perdonar contento lo que viere y no demandará al **más que perfecto**. Por lo tanto esta penetración, este conocimiento excluye toda posición de rebeldía y por el contrario incorpora armonía, serenidad en el ánimo.

Mena es la máxima equidad, el máximo equilibrio e imparcialidad de juicio; por esto hace decir a la Providencia cuando le muestra el espectáculo del mundo en su devenir: «No te ma-

ravilles a tanto, ni se te hagan tan maravillosas una vez sabida la orden que Dios les impuso».

Mas queda suelta una interrogante apasionada que el armador que es Mena sabe conformar, aún a costa de su acuciante curiosidad intelectual, porque practica la virtud de modestia y porque se complace en someter a orden y unidad los términos más opuestos, como somete a la desordenada fortuna a la norma de la inconstancia, y es ello la penetración intelectual, siempre avivada por un lado y en contraste al no alcanzar el conocimiento pleno del universo.

«No piense nadie —se dice en el «Laberinto»— ser conocedor por mucho que en ello intuya y pruebe de lo concebido en la divina mente».

Y este es el acicate eterno del hombre en su plano de civilización consciente, lo que ha provocado las posiciones más diversas en la ideología y en la ciencia que progresa aceleradamente y cada vez se hace más difícil preveer una meta.

Lo demás —para Mena—, que no sea objeto de la divina ciencia (y esa es su fortaleza); **son pobres ciencias de Minerva.**

Todo este sentir y pensar moldearían, juntamente con su fisonomía, sus maneras o actitudes.

Se puede imaginar a Mena en sus gestos o actitudes porque de ellas los autores de la época nos transmiten impresiones certeras.

Basta atender al admirado Enrique de Villena, que retrata el mundo cortesano en que se desenvolvía Mena en dos de sus facetas: la juventud y la grave.

Las buenas costumbres —dice Villena— que aprendían los «**hijos de los buenos** eran las reinantes en la corte de los reyes» cortesía, mesura, limpieza, sosiego, buenos gestos y el habla comedida, porque estas bondades habían de fructificar en ellos. Y este «**usar bien**», actuar debidamente desde sus primeros años —dice Villena— que «hace a los jóvenes: leales, entendidos, discretos, non cobdiciosos ni envidiosos e non airados».

Y a las personas graves nos las describe Villena reunidas y procurando que los jóvenes presencien su actuación para que así poco a poco se les incorporen sus cualidades. «Paran entonces mientes —dice—, los mancebos cómo están los grandes de cuenta asentados y ordenados según los estados de aquellos: ven como fablan, con tanta gravedad e discreción moviéndose. E así facense [los jóvenes] discretos e cuerdos e mesurados».

En este mundo se desenvolvía Juan de Mena y aunque no pertenecía a la nobleza, como secretario de cometido político, se desenvolvería con esas actitudes que como en un cuadro nos ha proporcionado Villena en su descripción.

Mas toda esa mesura iba envolviendo un gran dolor que difícilmente reprime y brota en palabras sinceras más de una vez.

Este dolor lo causa la supremacía de su formación y videncia en contraste con el abundante vulgo.

Posee una aristocracia del espíritu que le hace más sensible para percibir y dolerse con la incomprensión, el error o la vulgaridad de la mayoría sin una visión superior.

Por ello coincide con Enrique de Villena con el desdén para los juzgadores de su obra; no usan aquella plástica expresión que usó Ruiz de Alarcón con el público de la corte, cuando la medida se estaba perdiendo: «contigo hablo bestia fiera», pero así lo conciben los dos.

Villena ruega en la obra citada que se las defiendan de los **reprendedores** que «suelen comunmente aguzar sus lenguas contra las nuevas obras, osan reprender lo que non sabrían hacer buscando las palabras que resciben enmienda e olvidan las que merecen loor», ésto lo decía unos veinte años antes que Mena manifestara «no quería tener en cuenta a los groseros que siempre blasfeman según la rudeza» (copla 32).

Este es el gran dolor de nuestro poeta, que puede representarse por el sentimiento que demuestra en el ataque que recibieron las obras de su admirado don Enrique después de su muerte, la lloró porque Castilla perdía un tesoro, representaba el esfuerzo constante por salir de la ignorancia remanente en el vulgo y es agudo dolor el que trasluce por la ignorancia extendida en Castilla el que comunica en los comentados pasajes de la maga de Valladolid exponente de la oscuridad prendida con muestras aterradoras en las gentes de las distintas categorías sociales.

El dolor de Mena está presente en toda la obra por este conocer y considerar la línea dirigente que orienta la marcha de la nación en quiebra. Las manos que sostienen las riendas son víctima de esas fuerzas oscuras arraigadas en el vulgo; energías sin cauce ascendente que no provocan el momento histórico que mentes claras como la del poeta consideran posible realizar y se malogran por la injerencia torcida y oscura de sectores relajados y relegados de la alta misión y rebasando su estrecha y pobre zona vital alzan sus salpicaduras de sucia marejada que impide el logro propuesto y acechan con ímpetu de fiera.

Por ello Mena en generosa entrega monta su guardia para mantener la luz civilizadora, la luz de Dios, que es alegría y esperanza y trata de replegar los asaltos de penuria intelectual y espiritual que retrasan el alza humana, a la que se siente impulsado.

Juan de Mena es dolor de espíritu superior hacia cuanto le rodea. mas la fortaleza espiritual de que está dotado le impide caer en la angustia en la que se han despeñado algún que otro sector de nuestro mundo contemporáneo, algo que en rea-

lidad ha surgido siempre con movimiento ideológico o sin él, actitud pusilánime que no es la propia de la verdadera sabiduría porque ésta constituye la auténtica aristocracia que ha culminado en momentos felices cuando este sector ha imprimido a la sociedad su impronta.

Angustia y egoísmo que Mena señala en la desbandada que se produce cerca del condestable después de los augurios de la maga de Valladolid.

Es el mismo dolor que le hace reconocer la escasez de «sabidores» que proclama en la evocación del cerco de Febo después de una larga enumeración de sabios de la antigüedad. **«Venimos al cerco de nuestros presentes —adonde fallamos muy pocos de tales».**

Y el mismo que le hace gemir por ver sumida en tinieblas las hazañas de nuestros mayores y su fama «dañada en olvidos por faltas de autores»; pero no es un vano lamentar el suyo, es un señalar y corregir; es un dolor que sale a la superficie discretamente, contenido por auténtica medida y sosiego propios del hombre selecto de su época.

El apasionamiento e interés que provoca Mena en sus obras, especialmente en «Las Trescientas» es arrancado por su preocupación aleccionadora y debida tanto al ágil jugueteo evocador de personalidades modélicas, legendarias, de historia clásica o española y aquel señalar y no nombrar los que en su época presente encarnan los errores repudiados por la conciencia moral, y hacen que se dibujaran y aún se dibujan en la lejanía histórica rostros de todos conocidos haciendo colaborar al lector con la sacudida de su conciencia que se hince en su propio defecto o en el del prójimo con vigorosa y cauterizadora solemnidad trascendente.

Mena se nos hace entrañable por este aliento de ayuda que quiere prestarnos. No es el poeta que tendremos presente ni se nos vendrá a los labios en momentos de arrebató lírico o en aquellos que el alma alza su vuelo sobre el pájaro de la ilusión fugaz; ni ejercerá seducción sobre nuestros sentidos por su brillante halago colorista porque siempre alguien en esta función le podrá superar.

Será el poeta de la hora de la reflexión cuando se buscan alientos que nos conforten, y tiren de nuestra cansada energía espiritual.

Sintetiza su espíritu aquellas directrices que constituyen lo representativo de las artes de su tiempo especialmente de la arquitectura del XV. Mena vive el período en que se fabrican y levantan las más acertadas interpretaciones arquitectónicas de la vida civil, guerrera y religiosa y se multiplican con gran vitalidad: posee la constancia y solidez de vida de las fortalezas militares. La flexibilidad y sobriedad ornamental de las lí-

neas de los alcázares, la agudeza de sus iglesias; el alarde de sutileza espiritual del gótico florido, el verismo y finas perspectivas de los pintores flamencos que llegan a España, la dulzura elegante de los italianos que irrumpen en su época. Y cierto injerto de espíritu original como los finos detalles del arte mudéjar.

Es el poeta de la «flor del saber», dignísimo representante de la Córdoba reconquistada, preocupada de la trascendencia histórica; moldeado en la inquieta y dura Castilla cuya cariz geográfico lo sabe captar con la misma palabra que el gran poeta Antonio Machado elige más tarde. Descubre las «**roquedas**», las que para Machado eran «pardas roquedas» del ambiente soriano.

Ambos toman la tierra de España con una misma palabra representativa —**roqueda**— con distinto signo estético pero coinciden en la preocupación de un alza que necesita su patria. Mena situado desde la antesala de un ciclo de expansión y brillantez que se abre y Machado como puente en la terminación de un largo y ya fatigado ciclo que forja una nueva alza con el esfuerzo de su generosa alma poética.

«El lúcido Febo ya nos demostraba —el don que non pudo negar a Faetonte —subiendo la falda del nuestro horizonte —del todo la fosca tiniebla privada— sus crines doradas así dilatava— que todas las selvas con sus arboledas —cumbres e montes— e **altas roquedas** —de más nueva lumbre los iluminaba—. Yo que las señas ví del claro día...»

El sol lejano de Mena sigue lanzando luces desde su «**alta roqueda**» que alumbra ese claro día con que soñara el poeta de la unidad de España.